



Epílogo

Y los espejos no podrán hacer nada para calmar ese vértigo

Franca Maccioni*

Hay una frase que por más que ha sido escrita, reescrita y leída y releída infinitas veces, no ha perdido, para mí, una pizca de su verdad. Esa que dice que nunca se escribe sino por necesidad, contra el tiempo y a favor, así lo espero, de un tiempo por venir. Y la traigo porque me parece una conjetura posible para explicar esta confabulación de singularidades que desde perspectivas diversas buscaron escribir sobre algo común: el lazo social, hoy, acá. Ignoro qué imágenes podría formarse quien lea estos deícticos *hoy, acá* acomodados, así, tan plácidamente en el colchón de la gramática, junto a *lazo social*. Por mi parte, me abstendré de intentar dar con una (digo, con una imagen del lazo social hoy, acá), porque si tuviera que hacerlo solo podría ponerme a describir en detalle un gran Pollock negro. Pero lo bueno es que no estamos obligadxs a hacerlo. Otrxs ya lo han hecho por nosotrxs, han dado sus opiniones y representaciones varias. Y eso también me gustó de este libro. Que tampoco lo hace, que pudo hacer *otra* cosa.

Formular preguntas, por ejemplo, que es un modo poco usual pero bien necesario de interrumpir la urgencia, de demorarse y abrir la espera o la estela a un porvenir que esperemos llegue pronto y sea mejor. Preguntas que desvían las afirmaciones totalizantes sin por eso descansar en la comodidad de lo supuestamente dado. Preguntas como estas, por caso: ¿Cómo no convocar la fricción de la ficción para que resurja algo de lo real que se juega en el lazo? O, ¿por qué los discursos del odio parecen hacer lazo mientras que el discurso amoroso queda relegado a una retórica demodé? ¿cómo operar un cambio de *discurso*? ¿cómo lograr el *artificio amoroso que alguna vez fue el amor cortés o la mística*?. Y también, ¿qué sucede con el afecto en una sociedad que parece comportarse por reflejo?; o ¿cómo abrir otra vía de lo común que no sea ni la de la unificación, ni la de la segregación?

* IDH - CONICET - UNC / franca.maccioni@gmail.com

Abrir preguntas es también un modo posible de ficcionar relevos para las teorías de las que disponemos y con las cuales y junto a las cuales aún pensamos y escribimos. Es, dicho de otro modo, una manera de hacer lugar a imágenes *otras* de lo posible, esas figuraciones distorsionadas que a veces fulguran en las lecturas estrábicas que ponen un ojo en el texto y el otro en el contexto, generando una imagen de pensamiento que por suerte nunca coincide sin restos. Quizás sea un modo de frotarse los ojos, como quería Didi-Huberman (2014). Esto es, “frotar la representación con el afecto, lo ideal con lo reprimido, lo sublimado con lo sintomal” (p. 77). Cuando nos frotamos los ojos, cualquiera lo sabe, lo que vemos es siempre una imagen impura, una imagen no-toda, plagada de pequeños destellos informes que borronean cualquier representación que se pretenda completa. Y esto no es poca cosa en un momento en el que, como sugiere este libro, estamos casi siempre forzados a plegarnos al binarismo del o bien o bien, lo uno o lo otro.

Convocar la mano, en ese gesto que nos recuerda el momento umbralicio del despertar, es un modo también de hacer lugar a lo intersticial. Pero como dijeran Despret y Stengers (2023), “un lugar intersticial no existe a menos que sea capaz de aguantar, de producir su propia manera de consistir, de fabricar su propia razón de ser, vale decir, si lo que «hace» es también lo que lo mantiene en la existencia” (p. 54). Y este libro lo hace *escribiendo*, apostando por la escritura como práctica singular. Y esto podría parecer una obviedad, incluso una tautología: un libro escrito, vaya novedad. Pero no es eso. Porque acá se escribe desde una hipótesis singular: *ha cambiado esencialmente un modo de la escritura*, ésta se encuentra al filo de su imposibilidad. A propósito, recuerdo un libro de Gambarotta (2016) que decía:

Porque, es sabido, hubo alguien que al soñar el diseño de su tableta interactiva lo que se propuso fue abolir los teclados. Al menos quiso una especie de gradual abolición encubierta. Hubo alguien que declaró: no quiero una nación de tecleadores. Es decir, una nación de personas que se dedican a escribir en sus bitácoras virtuales. Y por eso se propuso abolir los teclados como alguien antes se habrá propuesto dar con una droga que mantenga a los humanos despiertos las veinticuatro horas del día. Algunos sueñan con abolir el sueño. Otros sueñan con abolir los teclados. (p. 7)

Gilles Deleuze (1987), en una conferencia sobre cine, decía: “el sueño de los que sueñan concierne esencialmente a los que no sueñan”. Y agregaba: “desconfíen del sueño de los otros porque si son tomados en sus sueños están perdidos”. Y un poco ahí estamos. En un texto de este libro leo: “a veces un sueño puede ser un lazo, no en tanto vínculo con otros [...], sino con ese Otro del cual el inconsciente testimonia, y la enunciación toma así las maneras esquivas de un polizón”. Y si me disculpan la compulsión del subrayado, sumo uno más. Uno de Benjamín Labatut, que en la *Piedra de la locura* (2021) escribe a propósito de esa frase que coreaban recientemente en el país vecino y “que rápidamente adquirió tintes siniestros: «¡Chile despertó! ¡Chile despertó! ¡Chile despertó!»”. En ese libro, leo:

Ebrios de furia, borrachos por nuestro deseo de cambio, fue como si hubiésemos desenterrado la torre de Babel; de pronto todos hablábamos en lenguas distintas, incapaces de comunicarnos los unos con los otros excepto a través del leve temblor que sentíamos por debajo de nuestros pies, un estremecimiento que recorría el suelo y que hacía que todo se moviera, al igual que si hubiésemos invocado, con nuestros cánticos y plegarias, a un titán dormido, un cíclope que estaba sacudiéndose el país de la espalda a medida que se ponía de pie. (p. 18)

¿Y entonces? No lo sé. Y eso también me gustó de este libro. No hay remate, ni programáticas ni conclusiones apresuradas. Porque la pregunta que se hacen estos textos no son retóricas. Como el gato de Schrödinger, su escritura está enrollada como un erizo sobre ese gran principio de incertidumbre de lo posible que se evidencia cuando lo que creemos que es una cosa y su contrario se afirman al mismo tiempo. Y por eso escriben. Porque como lo dijera Jean-Luc Nancy (2013) la escritura es también ese hacer que se sostiene “agazapado como un animal, tensado como un resorte, y ya así en acto” (p. 128).

Referencias

Deleuze, Gilles (1987). ¿Que es el acto de creación? [conferencia]. *FÉMIS*, París, Francia. <https://shorturl.at/bkxY9>.

Despret, Vinciane y Stengers, Isabelle (2023). *Las que hacen historias. ¿Qué le hacen las mujeres al pensamiento?* Buenos Aires: Hekht.

Didi-Huberman, Georges (2014). Volver sensible/hacer sensible. En Alain Badiou et al., *¿Qué es un pueblo?* (pp. 69-100). Buenos Aires: Eterna Cadencia

Gambarotta, Martín (2016). *La abolición de los teclados*. Buenos Aires: N direcciones.

Labatut, Benjamín (2021). *La piedra de la locura*. Buenos Aires: Anagrama.

Nancy, Jean-Luc (2013). *La partición de las artes*. Buenos Aires: Pre-textos.